

MADRE TIERRA, PADRE SOL

Libro de lectura 2º

INDICE

Poema de la mañana	3
Maravillas del Sol	3
La cosecha	3
El sueño	4
El pan verdadero	4
Gracias querida Tierra	6
Adivinanzas	6
Poema de Martín Fierro	7
Deditos	7
El León y el ratón	7
Historia de un Pocito	8
La campanilla y el Álamo	9
La Zorra y el Cuervo	9
El Jaguar y el Zorro	10
Adivinanza	11
El Águila	11
El Sol y el Viento	12
La Ostra y el Cangrejo	13
Atardecer	13
La Gallina de los Huevos de Oro	14
Adivinanzas	15
La Nube	14
Adivinanza	15
De cómo el Pasto ayudó a la Madre Tierra	18
Leyenda de San Cristóbal	20
La Hormiga	24
La Mariposa	25
Las Espinas de la Rosa	27
La Hormiga	28
Abejita	28
La Tierra me cuida	29
La Tortuga	29
Mi Estrella	29
Bella Princesa	30
Palabras	30
Duermen, duermen los Insectos	30

Tic Tac	31
Adivinanzas	31
¿Por qué la planta de los pies no es plana?	32
Los Príncipes de los cabellos de Oro	33
Las Semillas de la Manzana	39
El Payaso de Dios	40
Admirar lo Bello...	44
Martinus	44
El Burro y la Vaca	45
En el Oasis	46
La Palmera	47
La levadura	48
Los Reyes Magos	49
El Castillo de Chuchurumbé	50
San Francisco y el Lobo de Gubbio	51
Cántico al Sol	53
Juegos de Palabras – Calambur-	54
Para Leer al Derecho y al Revés	54
La Luna en el Agua	55
Palabras Mágicas	55
Más Juegos de Palabras	55
Micael	56

POEMA DE LA MAÑANA (España)

LA AMOROSA LUZ DEL SOL
ILUMINA EL DIA PARA MÍ
LA POTENCIA ESPIRITUAL DEL ALMA
DA FUERZA A MIS MIEMBROS
EN EL BRILLO DE LA LUZ SOLAR
YO VENERO. ¡OH DIOS!
LA FUERZA HUMANA
QUE TU, TAN BONDADOSAMENTE
HAS DEPOSITADO EN ESTA ALMA MÍA
PARA QUE PUEDA SER TRABAJADOR
Y ESTÉ ANSIOSO DE APRENDER.
DE TI PROVIENEN FUERZA Y LUZ
HACIA TI FLUYA
AMOR Y GRATITUD

Las maravillas del sol

Maravillas hace el Sol
con la Madre Tierra,
al tocarle su calor
crecerán las hierbas.
La semilla mira al Sol
en la primavera
y le pide que su amor
llegue a la pradera.
Como un brote surgirá
una nueva planta,
tallos, hojas vestirá
y una flor muy alta.
En verano ya la flor
querrá otro atributo,
volverá a pedir a Sol
convertirla en fruto.

La cosecha

Las manzanas dora el bello Sol,
hincha las manzanas su calor.
El Padre Sol,
la dulce fruta maduró.
Bella la mañana,
de luz se engalana.
Los trigales dora el bello Sol,
hincha las espigas su calor.
El Padre Sol
su hermoso grano maduró.
Bella la mañana,
de luz se engalana.
Vamos por el campo con placer,
el maduro fruto a recoger,
El Padre Sol
mandó al otoño por doquier.
Bella la mañana,
de luz se engalana.

El sueño

Dios creó al hombre, y cultivó y preservó su jardín, el quiso darle una ayudante con la que se llenara y multiplicara la tierra.

Pero cuando la tierra percibió las palabras de Dios, se estremeció y dijo delante de su Creador:

¡Oh Señor de todo el mundo!, mis fuerzas no alcanzarán para alimentar el rebaño de hombres.

Entonces dijo el Señor. Yo y tú, ambos queremos alimentar el rebaño de hombres. Y ellos se repartieron el trabajo entre uno y otro; el Señor tomó sobre si la noche y dio a la tierra el día.

¿Qué hizo el Señor? Creó el sueño; el hombre se acuesta y duerme toda la noche, y el sueño es su alimento y curación, vida y confortación.

El alma, así se dice, compenetra el cuerpo del hombre, pero en la hora en que el hombre duerme, se eleva al cielo y toma su vida de arriba.

Pero la tierra le ayuda al Señor y bebe la lluvia, tiene frutos y da alimento a todas las criaturas.

El pan verdadero

Uno al lado del otro había tres campos sembrados. Los labradores habían arado y rastrillado la tierra y echado en ella los diferentes granos.

En el campo de la derecha, granos grandes y encarnados como dientes de caballos: el maíz. A la izquierda, granos finos, alargados y blancos como luz de luna y brillantes como el agua que allí corría: el arroz.

En el campo del medio sembró el labrador granos que parecían pequeñísimos panes, dorados como el Sol cuando este penetraba con sus rayos los oscuros surcos: ese era el trigo.

Muy pronto brotaron los tres y los sembrados se vieron cubiertos con verdes canutillos.

Un hombre moreno y desgreñado, de ojos oblicuos y con manos córneas, se acercó al campesino del maizal y le dijo:

-“Yo trabajaré tu campo”.

El campesino aceptó inmediatamente pensando sólo en la ganancia que esto le proporcionaría.

El hombre puso manos a la obra, y en un abrir y cerrar de ojos aparecieron relucientes máquinas que día y noche, sí, también de noche, rechinaban sobre el campo deshaciendo los duros terrones de tierra. Ninguna hierba quiso crecer más allá y las lombrices de tierra se alejaron rápidamente del lugar. Pero el maíz creció lozano, con largas y anchas hojas, tallos gruesos y fuertes, altos, más altos que un hombre. Sus espigas formaron marcos leñosos que se llenaron con brillantes granos, como dientes, ya lo habéis oído.

Cuando el campesino quiso hacer pan, éste resultó tan duro y pesado que cayó como una piedra en su estómago. Este fue un merecido.

Al campesino del arrozal se acercó un extraño de pomposa y brillante apariencia, todo el parecía despedir fuego. Susurró al oído del labrador:

-“No te fatigues tanto, la tierra es dura y sucia. Sueña con mundos hermosos”.

Vosotros ya os habéis dado cuenta de quien se trataba, pero el campesino del arrozal lo mismo que el del maizal, no lo advirtió. Se dejó seducir y apenas movió con la azada su pantanoso pedazo de tierra. Y siguió soñando sus hermosos sueños.

Pero el arroz creció succulento, y sus espigas livianas que se movían con la brisa más leve, mostraban sus granitos; uno aquí, otro allá....

Cuando el campesino quiso hacer pan del arroz, éste quedó como una papilla que se caía en pedazos. ¿Cómo puede el pan tener consistencia si el que lo cultiva no ama la tierra?

El campesino del trigal habló así:

-“Miraré a la derecha y a la izquierda para aprender lo que pueda, yo mismo cultivaré mi sembrado. ¡A ti alto cielo, y a ti amada tierra, os pido vuestra bendición!”

Entonces retumbó el trueno, el rayo fructificó la tierra, y los ángeles movieron las nubes que cayeron sobre los campos como una lluvia bendita. Los astros dieron su luz y las piedras seculares su fuerza. Vinieron las húmedas lombrices a remover la tierra del buen campesino, y flores rojas y azules brillaron entre el trigo amarillento.

De cada uno de sus tiernos tallos salió una larga espiga con cuatro granos siempre en cruz, uno sobre otros señalando los cuatro puntos cardinales. Cada granito traía una arista fina como un rayito de Sol.

Como en otros tiempos, caminó Cristo por el trigal con sus discípulos y cuando los hombres hicieron pan del grano del trigo y lo comieron, quedaron satisfechos y en la sangre de ellos florecieron rosas.

El maíz y el arroz estaban tristes porque de ellos no se podían hacer un verdadero pan. Entonces el Señor les habló con amor:

-“Tu maíz servirás de alimento a los amados animales de los hombres. Y tú, arroz, harás más llevadera la vida a los enfermos”.

Y con esto se sintieron felices.

Gracias querida Tierra

El alimento nos regalaste,
Gracias querido Sol:
Con tu calor lo maduraste
Por gracia divina, lo producido
En vida para nosotros se ha convertido.

Adivinanzas

Cuanto más baja
Más crece

Adivina, adivinador
¿Cuál es el árbol que no da Flor?

De bronce el tronco
Las hojas de esmeralda
El fruto de oro
Las flores de plata

Lleva años en el mar
Y aún no sabe nadar

Iba una vaca de lado,
Luego resultó pescado

Una aguja sin coser
Corto sin tijeras y ando sin Pies

Poema de Martín Fierro

Dios formó lindas las flores
delicadas como son;
les dio toda perfección
y cuanto Él era capaz:
pero al hombre le dio más
cuando le dio el corazón.
Le dio claridad a la luz,
fuerza en su carrera al viento,
le dio vida y movimiento
donde el águila al gusano;
pero más le dio al cristiano
al darle el entendimiento.
Y aunque a las aves les dio,
con otras cosas que ignoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla,
le dio al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.
Y desde que dio a las fieras
esa furia tan inmensa,
que no hay poder que las venza

ni nada que las asombre,
¿qué menos daría al hombre
que el valor para su defensa?

Deditos

Meñique fue de paseo
sin permiso de Anular.
Cuando Del medio lo sepa
Un regalo le va a dar.
Índice lo está buscando,
lo está buscando Pulgar.
Hoy regañan a Meñique,
hoy lo van a regañar.
Anular, Medio y el Índice,
hoy lo buscan con Pulgar.

El león y el ratón

Una vez, mientras el león dormía, un ratoncillo jugaba dando saltos sobre él. Saltó tanto que el león se despertó. Le puso encima la enorme garra y abrió la boca dispuesta a devorarlo.

"!Perdóname, Oh Rey! –exclamó el ratoncillo-, "suéltame y te prometo que no olvidaré el favor".

-“¿Quién sabe si podré devolvértelo algún día?”

Hizo reír tanto al rey de la selva la idea de que un animalillo tan insignificante como el ratón pudiera servirle de ayuda, que levantó la zarpa y lo dejó marchar.

Poco tiempo después, el león cayó en una trampa.

Los cazadores que querían llevarse al león vivo, lo ataron a un árbol mientras iban en busca de la jaula. En aquel momento, pasó por allí casualmente el ratón; viendo el apurado trance en el que se hallaba su antiguo bienhechor, se le acercó y con sus afilados diente-cillos, cortó la cuerda que lo sujetaba.

-*“¿Tenía razón o no?”* – dijo después el ratoncillo.

Canta la rana
y baila el sapo
y toca la guitarra
el lagarto.

Historia de un pocito

Había una vez un pocito que siempre decía:

-*“¿Cómo me gustaría ser un lago!”*

Luego apareció un gusanito que se metió dentro del pocito. Vino una gallina a buscar el gusanito y entonces escarbó, escarbó, hasta que el pocito se hizo hondo.

Más tarde la lluvia llenó el pocito, que se volvió un charquito. Luego llegaron los patos y chapotearon. El charquito era ya un gran lago en el que nadaban cisnes. Entonces el Sol le preguntó:

-*“¿Estás contento, Pocito?”*

No contestó

-*“Ahora quisiera ser río”.*

El sol se enojó y secó el lago, que se volvió charquito. Y el charquito se volvió pocito otra vez. El pocito lloraba, lloraba...

Fue cuando regresó la gallina buscando el gusanito. Como éste se escapó por un agujero, la gallina se enojó y echó tierra en el pocito. El pocito se volvió más chico, hasta que desapareció.

Y ya no hubo más pocito.

La campanilla y el álamo

Una pobre campanilla se arrastraba por el suelo buscando apoyo a su alrededor.

- "¡Ay de mí!" – exclamaba -. "Si pudiese elevarme un poco sobre esta hierba que me ahoga, vería el sol y daría flores. Hermoso álamo, ¿quieres que me apoye en ti?"

El árbol inclinó generosamente hacia el suelo sus flexibles ramas. En ellas envolvió la campanilla su débil tallo. Y poco a poco fue vistiendo al álamo con una hermosa guirnalda.

Durante el verano, el álamo estuvo cubierto de flores rojas graciosamente suspendidas de sus ramas.

Desde lejos se hubiera dicho que aquellas flores eran suyas.

Una planta daba el apoyo y la otra la belleza.

Ayudémonos los unos a los otros.

La zorra y el cuervo

La zorra salió un día de su casa para buscar qué comer. Era mediodía y no había desayunado. Al pasar por el bosque vio el cuervo, que estaba parado en la rama de un árbol y tenía en el pico un buen pedazo de queso.

La zorra se sentó debajo del árbol, mirando todo el tiempo al cuervo, y le dijo estas palabras:

-“Querido cuervo, ¡Qué plumas tan brillantes y hermosas tiene usted! ¡Apenas puedo creerlo! Nunca he visto nada tan maravilloso. Me gustaría saber si su canto es igual de bonito, porque entonces no habrá duda que es usted el rey de todos los que vivimos en el bosque”.

El cuervo, muy contento de oír esas alabanzas, y con muchas ganas de ser el rey del bosque, quiso demostrarle a la zorra lo hermoso de su canto.

Abrió, pues, el pico y cantó así:

-“¡Crac!”

La zorra se tapó las orejas, pero abrió bien el hocico para atrapar el queso que el cuervo dejó caer al abrir el pico. Lo atrapó, lo masticó despacio, lo saboreó, se lo tragó y le dijo al cuervo:

-*"Muchísimas gracias, señor cuervo. ¡Qué sabroso desayuno!"*. La zorra se fue, relamiéndose los bigotes, y el cuervo se quedó muy pensativo.

El jaguar y el zorro

El jaguar Garrafuerte era el rey de un extenso juncal. Cuando quería comer lanzaba un rugido. Todos los animales del juncal se paralizaban de terror. Entonces Garrafuerte se lanzaba sobre uno de ellos y lo devoraba.

Un día la sanguinaria fiera descubrió a un zorro escondido en un pajonal. Era un zorro flaco. Hacía días que no comía. No se atrevía a salir de su escondite.

-*"¡ Ah!" ¿Eres tú, miserable? Me has hecho esperar tres días. ¿No sabes que es un honor para ti si yo te como?"*.

El zorro se inclinó respetuosamente y respondió:

-*"Majestad: ya lo creo que es un honor ser devorado por el rey Garrafuerte! Yo estaba escondido porque me persigue el jaguar Uñalarga. ¡Qué fiera! ¿Usted no ha visto nunca al jaguar Uñalarga?"*

-*"¿Un jaguar en mi juncal? ¿Cómo se atreve a pisar aquí?"*.

-*"¡Si usted supiera lo que anda diciendo...! Afirma que cuando lo encuentre a usted le va arreglar las cuentas. También, ¡con las garras que tiene! ¡Y qué colmillos!"* Garrafuerte lanzó un bufido de rabia.

-*"¿Dónde está ese insolente? ¿A mí con esas amenazas? Llévame hasta la cueva de ese charlatán"*.

-*"Tenga cuidado, Majestad. Mire que..."*

-*"¡Cállate estúpido! Todavía no ha nacido el jaguar capaz de poner en peligro la vida de Garrafuerte.*

-*¡Vamos! ¡A buscar a ese Uñalarga!"*.

Cuando el zorro llegó al borde de un pozo profundo lleno de agua limpia se detuvo.

-*"Aquí es el lugar, Majestad. Uñalarga vive en el fondo de este pozo. Asómese y lo verá"*.

Garrafuerte se asomó y, naturalmente, vio la figura de un jaguar que no lo miraba.

El rey del juncal sacudió la cabeza y mostró los dientes.

El jaguar del fondo también sacudió la cabeza y mostró los dientes.

Garrafuerte se puso furioso, y el otro también se puso furioso. Vosotros comprenderéis que en el fondo del pozo no había jaguar alguno. Lo que la fiera veía era su propia imagen, reflejada en el agua limpia.

De un salto Garrafuerte se lanzó dentro del pozo para apresar a su enemigo. ¡Plaff!...

La furiosa bestia quiso trepar por las paredes resbalosas pero el pozo era muy profundo. El zorro se asomó y le gritó desde arriba:

-“¡Qué bien nada, Majestad! ¿Está fresquita el agua?”

El jaguar seguía chapoteando. Cuando le faltaron las fuerzas se ahogó.

Los animalitos del juncal agradecieron al zorro por haberlos librado de aquella fiera sanguinaria.

Adivinanza

Estudiante de letra menuda...

¿Cuál es el ave que vuela sin pluma?

El águila

Un águila, cierto día, mirando hacia abajo desde su altísimo nido, vio un búho.

-“¡Qué gracioso animal!” -dijo para sí.-“Ciertamente no debe ser un pájaro”.

Picada por la curiosidad, abrió sus grandes alas y describiendo un amplio círculo comenzó a descender.

Cuando estuvo cerca del búho le preguntó:

-“¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?”

-“Soy el búho” -contestó temblando el pobre pájaro, tratando de esconderse detrás de una rama.

-“¡Ja! ¡Ja! ¡Qué ridículo eres!” -Rió el águila dando vueltas alrededor del árbol.

-“Eres todo ojos y plumas. Vamos a ver”-Prosiguió, pasándose sobre la rama-, “Veamos de cerca cómo estás hecho. Déjame oír tu voz. Si es tan bella como tu cara, habrá que taparse las orejas”.

El águila, mientras tanto, ayudándose con las alas, trataba de abrirse camino entre las ramas para acercarse al búho.

Pero entre las ramas del árbol un campesino había dispuesto unas varas encoladas y esparcido abundante cola en las ramas más gruesas.

El águila se encontró de improviso con las alas pegadas al árbol y cuanto más forcejeaba por librarse, más se le pegaban todas sus plumas.

El búho dijo:

-“Águila, dentro de poco, vendrá el campesino, te agarrará y te encerrará en una jaula. O puede que te mate para vengar los corderos que tú me has comido. Tú que vives siempre en el cielo, libre de peligros. ¿Qué necesidad tenías de bajar tanto para reírte de mí?”.

El sol y el viento

El Sol y el Viento apostaron
a ver quién tenía el poder
de quitarle a un mercader
su gran abrigo de pieles.

Sopló el viento,
todo se movió.

-“Creéis que el abrigo le quitó?”

-“No”

El viento sin aire se quedaba
y el Sol probó más suerte:
con sus rayos candentes de fuego
mandó su calor al caminante.

-“!Uf, uf, qué bochorno, qué asfixiante!”

y quitándose el abrigo, lo arrojó.

No hubo duda: el Sol ganó.

La ostra y el cangrejo

Una ostra estaba enamorada de la luna. Cuando en el cielo resplandecía la luna llena, se pasaba las horas con las valvas abiertas, mirándola.

Un cangrejo, desde su puesto de observación, se dio cuenta de que la ostra se abría completamente en el plenilunio, y pensó comérsela.

La noche siguiente, cuando la ostra se abrió de nuevo, el cangrejo le echó dentro una piedrecilla.

La ostra, al instante, intentó cerrarse, pero el guijarro se lo impidió.

Así sucede a quien abre la boca para decir su secreto: que hay siempre un oído que lo apresa.

Atardecer

El Sol quería bañarse
porque tenía calor,
llevaba el calor por dentro.
la Luna se lo advirtió.
Pero el Sol no le hizo caso,
ni siquiera la escuchó
porque el calor que tenía
le quitaba la razón.
Ya hacia el caer de la tarde
se tiró al mar y se ahogó.
Al ver que se ahogaba el pobre,
el cielo se oscureció,
las estrellitas lloraban
lágrimas de compasión;
negro todo el mar se puso
de tristeza que le dio.

Sólo la Luna en el cielo
muy serena se quedó.
-“No os asustéis” –les decía-,
que nos hemos perdido al Sol.
mañana de mañanita
saldrá por otro rincón,
más fresco que una lechuga
con el baño que dio”.
A la mañana siguiente,
sonriente salió el Sol;
el cielo se puso alegre,
el mar de gozo, bailó,
las estrellas se reían
del susto que el Sol les dio;
y la Luna, satisfecha,
en su cuarto se durmió.

La gallina de los huevos de oro

Tenía cierto hombre una gallina que cada día le ponía un huevo de oro, y creyendo encontrar en las entrañas de tan productiva ave una gran cantidad del codiciado metal, la estranguló; al abrirla, tuvo el desengaño de hallar que, por dentro, era enteramente igual a las demás gallinas.

Impaciente por conseguir de pronto un gran tesoro, se privó de este modo del pingüe fruto que la gallina le daba diariamente.

Adivinanzas

Mi hermana y yo vigilantes
andamos en un compás
con las puntas adelante
y los ojos hacia atrás.

Las barbas blancas de un viejo señor
a los montes tapa y a los ríos no.

La nube

Era una brillante mañana de verano. Una pequeña nube se levantó del mar y alegre y ligera se deslizó sobre el cielo azul; y allí arriba, sobre la tierra y la playa, vio como el campo estaba seco y agrietado debido a una prolongada falta de lluvia.

Marchitas colgaban las flores y las hojas. Los hombres sufrían y trabajaban con el sudor de sus frentes, mientras ella no sabía de dolor y trabajo.

Volaba por el cielo sereno, empujada por la suave brisa matutina.

-*"Si yo pudiera ayudar"* pensó la nube. Y mientras pensaba así, empezó a crecer rápidamente. Y a medida que crecía, crecía también su deseo de ayudar.

En la tierra el Sol quemaba, el aire era pesado como plomo y lleno de polvo. Los hombres miraban hacia la nube como si quisieran decir:

-“Si por lo menos nos pudieras ayudar tú”.

-“Si yo hiciera la prueba –pensó la nube y empezó a bajar. Pero recordó que había oído decir junto al mar, en su niñez, que si las nubes llegan demasiado cerca de la tierra se rompen. Durante algún tiempo fue llevada por sus pensamientos de un lado para el otro; luego se paró y dijo decidida y alegre:

-“¡Sí! os quiero ayudar, pase lo que pase”.

Estas palabras hicieron crecer a la nubecita hasta ser grande, poderosa y fuerte. Tan Grande era su esplendor, que hombres y animales temblaron y los árboles y los pastos se inclinaron.

-“Sí, os ayudaré” –gritó la nube-; “recibidme en vuestros pechos sedientos, muero por vosotros”.

Una luz celestial la iluminó, los relámpagos resplandecían y los truenos retumbaban. Se llenó de un inmenso amor, bajó la tierra y cayó en forma de una lluvia torrencial y benigna.

Aquella lluvia fue la obra de la nube, pero también fue su muerte, y apareció sobre los campos un arco iris, formado por el brillo más puro del cielo. Luego el arco iris desapareció, pero algo quedó: la bendición que la nube había traído al sacrificarse.

Adivinanzas

Del cielo yo caigo
y vida yo os traigo,
refresco, restauro
sediente terrón
y vegetación.
Más cuando el sol
manda su calor
yo me retiro,
expiro en riachuelos
y blanco vapor.

El cielo y la tierra
se van a juntar;
la ola y la nube
se van a enredar.
Vayas donde vayas
siempre lo verás,
por mucho que andes
nunca llegarás.

Haciendo ruido ya vienen
haciendo ruido se van;
y cuando mañana vuelvan
de igual manera se irán

Nace en el mar,
muere en el río,
ese es mi nombre...
¡Pues vaya un lío!

Dime que té tomas
en nombre de esa
persona.

De Isabel quitando el "bel"
y de Lucas lo postrero.
¿Cómo se llama la joven?
Adivina, caballero

Tres partes tiene mi nombre:
en Francisco está la primera,
la segunda, aunque te asombre,
dentro de un cisne se esconde
y la tercera la tiene la cocinera.

Si lo ves es invierno,
si lo guardas, pereces;
cada día lo tomas
más de mil veces.

Crece y se chica
y nadie la ve
no es luz y se apaga.
Adivina, ¿qué es?

¿Sabes que cosa será
que cuando hablas lo rompes
y cuando callas está?

Vence al tigre y al león,
vence al toro embravecido,
vence a señores y reyes
y a todos deja vencidos

Una cosa muy potente
que sin piernas y sin alas
crece, vuela y atraviesa
ríos, mares y montañas

Sin salir de su casa
por todos los sitios pasa

Soy dama cruel, temerosa,
me paseo en verde prado,
y todo aquel que me mira
se queda muy espantado.

Yo luzco un largo vestido
que en tienda no fue comprado.
No fue por mano de sastre
ni medido
ni cortado.

¿Cuál es el animal
que siempre llega al final?

De cómo el pasto ayudó a la madre tierra

Después de haber creado la tierra, Dios pidió a algunos ángeles que tejiesen para ella un vestido. Los Ángeles se ocuparon enseguida y, cumpliendo la orden de Dios, crearon hojas de todo tipo y tamaño: grandes y fuertes para el bananero, finitas y delicadas para la tierra manzanilla, filosas y filudas para el delicioso ananás, semejantes a suaves corazones para el tilo. En forma de dedos algunas emplumadas, dentadas, curvadas; una infinidad de formas armoniosas.

A los ángeles de las plantas les disgustaba que todo fuese color verde nomás. Le dijeron a Dios y Él mandó:

-“Tomad del Sol la luz y el calor y transformar las hojas”

Transformaron las hojas en sépalos y pétalos que se ordenaban en corolas cual estrellas, soles, cálices o campanillas. Así crearon las flores, todas con bellos colores. ¡Cuán hermosa quedó nuestra madre tierra!

Pero al ver que le sobraban extensas llanuras áridas y desnudas, la tierra se envolvió en un manto de tristeza.

-“Por favor, querido diente de león” – rogó- “cubre con tu roseta de hojas dentadas estos trechos de mi desnudez”

-“¡No!” – gritó éste-, “¡aquí me quedo!” Y hundió más profundamente sus raíces en la tierra.

-“Cual el sol quiero brillar”- y sobre su tallo brotó una esfera dorada.

-“Cual el firmamento quiero ser”- y su flor se convirtió en una cúpula de estrellas que el viento alzó, llevando cada estrella un granito de vida, una semilla.

Al caer hundieron con fuerza sus raíces en la tierra.

-“Ombú”- pidió ahora la tierra a una mata grande – *“tú que creces con tanta pujanza, cubre ya mis llanuras desiertas”.*

-*¡OH Tierra!* – Murmuró el Ombú-, *“quiero quedarme solo para llegar a ser árbol, a ser el más grande, el más fuerte, el más poderoso de todos los árboles”*.

Y tomando montículos de barro, se creó un poderoso tronco, dando vida luego a ramas, a las que puso hojas, tal cual lo veis en las plantas. Ahora parecía un árbol y pronto llegarán alegres niños a jugar en sus huecos y jorobas. Sin embargo, no es árbol porque no produce madera.

-*¡Observadlo y lo veréis!*”.

Salió una nueva plantita de entre las arrugas de la tierra.

-*¿Puedes tú ayudarme?*” –preguntó la tierra.

-*“Oh, querida mía, ¡cuánto lo quisiera! ¡Mas tal es mi deseo de alejarme de aquí, de elevarme por el aire y de acercarme al sol, que solo de esto ocuparme!...Y sonriendo amablemente se despidió y volvió a extender con afán hacia todos lados sus brotes. Tanto ansiaba volar de allí, que rehusó formar un tallo firme”*.

-*¡Para qué!*”- se decía-, *“no quiero mantenerme orgullosa y erguida. ¡Busca el Sol, la luz!”*.

Pero tenía menudos zarcillos, con las cuales palpaba alrededor hasta encontrar una rama y treparse por ella. La arvejilla se detuvo un poco. Que de ella se trataba, habéis notado yo, ¿no es cierto? La arveja se detuvo un poco y preparó en verdes alcobas su tierno secreto. Hasta que un día cuando el sol brillaba más reluciente aún, desplegó miles de flores tenuemente coloreadas, cual alas de mariposa. Y deseando volar al cielo las flores dejaban fluir su dulce aroma.

Ved, así competían las plantas en adornar la tierra, cada uno en su manera, pero ninguna quería sacrificarse y cubrir las ardidas... planicies.

-*¡Ay, el mundo es tan triste!*” – Suspiró el sauce llorón-

-*¡Jamás encontrarás alguien que te ayude!*” Y lleno de congoja dejó caer sus ramas en las oscuras aguas que a sus pies dormían.

De pronto se dejó oír una vocecilla cristiana:

-*¡Oh, madre tierra!, yo si quisiera cubrirte de verde”*. Era el pasto, el pequeñito de débiles canutillos.

-*¡Uf, que grande te sientes!*”, refunfuñó la ortiga.

Tampoco ella había querido ayudar, pero ahora sentía envidia

-*“Hombres y animales te pisotearán y no podrás defenderte como yo”*.

Los poderosos árboles comenzaron a zumbar con desprecio:

-“No podrás elevarte como nosotros hacia el sol. Miserablemente te arrastrarás por el suelo”.

-“No tendrás flores que te engalanen. Como cenicienta irás vestida”

– regañó el pomposo clave!

Es cierto que el pomposo pastito se sintió amedrentado, pero seguía susurrando, valientemente:

-“Yo te ayudaré, mi buena tierra”.

Y al momento comenzó a recoger la tierra con sus raíces, hilando con miles y miles de tallitos una mullida alfombra verde, cubriendo las superficies desnudas donde el viento en tenue juego, levantaba al vaivén olas de fresco verdor. Ni una florecilla interrumpía la verde monotonía.

Entonces las hierbas compadecidas enviaron cada una algunas semillas que brotaron entre el pasto. Se yerguen ahora con cabecillas rojas, amarillas, azules y blancas en el pastizal.

La leyenda de San Cristóbal

Doscientos años después del nacimiento de Cristo, hubo un hombre en Samas que nunca había oído hablar de Él. Este hombre tenía la estatura de un gigante, su cuerpo era más robusto que el del árbol más fuerte del bosque. Su forma de ser era ruda, su mente ignorante. Sus ojos se asemejaban a los de un perro, brillaban bajo su melena con la mirada de un fiel sirviente a su amado señor.

¿A quién podía él servir y amar? Su corazón de niño lo incitaba a ir en busca del rey más fuerte de todo el mundo. Y se fue solo a buscarlo.

En el camino se detuvo una y otra vez a preguntar quién era el rey más poderoso. Todos le dieron la misma respuesta:

-“El Faraón, ¿quién más sino él?”. Entonces el gigante preguntó dónde lo podría encontrar, y así llegó por fin a la ciudad como un perro ansioso.

La gente miraba con asombro su extraña figura.

-“¡Un hombre-perro!”, -gritaban los niños alejándose de él.

Se corrió el rumor por las calles de que un gigante con cabeza de perro había llegado a la ciudad, de tal forma que cuando se acercó al palacio el Faraón mismo lo estaba ya esperando.

-“¿Quién eres tú, extraño?” –preguntó el Faraón.

El gigante pensó que él mismo no sabía la respuesta y que seguiría esperando a que alguien se lo dijera. En vez de contestar movió su enorme melena y dijo:

-*"Eres tú el Faraón, el poderoso?"*.

-*"Ese soy yo"*.

Entonces el gigante se arrodilló a sus pies y le dijo: "Sé mi señor". El Faraón asintió con la cabeza y el gigante empezó a servirle desde entonces. Durante los días siguientes, el gigante acompañó al Faraón a todos los lugares donde iba, y el rey se sentía muy satisfecho con su nuevo sirviente, tan enorme y servicial.

Un día, mientras paseaban por la ciudad, escucharon a dos hombres riendo; el uno maldecía al otro deseándole que el Príncipe de la Oscuridad se lo llevara.

Inmediatamente, el Faraón bajó la cabeza con temor.

-*"¿Por qué haces eso?"* -preguntó el gigante.

-*"Por el nombre que pronunciaron"*.

-*"¿El nombre del Príncipe de la Oscuridad?"*.

-*"¡Cállate!"* -dijo el Faraón mostrando nuevamente gran temor.

-*"¡Adiós rey!"*, -dijo el gigante.

-*"¿A dónde vas?"*

-*"A encontrar a ese rey al que tanto temes, él es más fuerte que tú"*.

Y el gigante salió de la ciudad con el pesar reflejado en sus ojos.

Nuevamente se detenía con cada persona que encontraba para preguntarle dónde podía encontrar al Príncipe de la Oscuridad y todos se volvían y se alejaban huyendo de él. Pero no tuvo que preguntar muchas veces, ya que el Príncipe está siempre en espera de aquéllos que le buscan. Y fue en un camino solitario donde se le apareció rodeado de su negro esplendor; el gigante sencillamente le dijo:

-*"¿Eres tú el Príncipe de la Oscuridad?"*.

-*"Ese soy yo"*. Entonces el gigante se arrodilló diciendo:

-*"Sé mi señor"*.

El príncipe hizo una seña aceptando, y el gigante se dispuso a servirlo.

De pronto el gigante oyó a su nuevo amo murmurar entre dientes:

-*"Debemos ir por otro camino"*.

-*"¿Por qué debemos hacerlo?"* -preguntó el gigante.

-“Por esto”. El Príncipe de la Oscuridad señaló hacia una simple cruz de madera colocada en el camino. El gigante se dirigió a ella y no encontró nada que pudiese causar temor, solamente la figura de un pobre hombre medio desnudo.

-“¿Como puede esto dañarte?”, dijo el asombrado gigante.

Pero el Príncipe de la Oscuridad, clavando la mirada en la cruz mostró aún más miedo.

Entonces el gigante vio que la figura de la cruz tenía una corona y pensó:

-“Si éste es más fuerte que tú, ese es el Rey a quien debo servir”. Y se fue en

busca de Dios.

Después de algún tiempo, llegó a la orilla de un río; y vio en sus orillas a un ermitaño arrodillado. El ermitaño había terminado su oración y al ver al gigante le preguntó:

-“¿Qué te trae por aquí?”.

-“Busco a un rey que sea más poderoso que el Príncipe de la Oscuridad”.

-“¿A quién te refieres?”.

-“No lo sé”, -dijo el gigante. Sus ojos se fijaron entonces en la cruz de ermitaño y señalándola le dijo:

-“¡Ese es el hombre!”

El ermitaño le dijo.

-“Es Cristo, el redentor del mundo, Aquél a quien buscas”.

-“¿Cómo puedo encontrarlo y servirle?” -preguntó el gigante.

-“Orando”, -dijo el ermitaño, “Arrodíllate y reza”.

El gigante golpeándose la cabeza dijo:

-“No puedo, no sé cómo hacerlo”.

El ermitaño entonces le contestó:

-“Si aún no sabes orar, ya aprenderás algún día, quédate aquí mientras tanto.

Hay trabajo para un hombre que pueda transportar las cargas de una orilla a la otra. Es un trabajo duro”.

-“Yo llevaré sobre mis hombros a todos los que vengan”, dijo alegremente el gigante.

Y así transcurría el tiempo del gigante, unas veces en una orilla del río, otras en la otra orilla. Ninguna carga le parecía demasiado pesada; transportaba hombres con sus bultos y mujeres con canastas, hombres ricos y pobres, soldados con caballo, mercaderes con camellos, campesinos con arados. Cargaba a dos niños en cada hombro, e invariablemente al transportar gente llevaba al tiempo sus

cargas, aún sus bueyes, caballos o carretas. Lo mismo transportaba a un hombre que a un saco de semillas; a una muchacha que a un paquete de flores. Hacía su trabajo feliz porque sentía que su fuerza era útil, aunque también sentía un poco de tristeza, pues pensaba que, aun sirviendo a todos, no servía a aquél a quien él deseaba servir.

Una noche cuando ya se disponía a dormir, escuchó de repente una vocecita que claramente le llamaba:

-*¡Barquero!*

Salió apresuradamente hacia el río y se encontró con un niño. El gigante nunca había visto un niño tan pequeño. Entonces le preguntó:

-*¿Qué deseas, niño?*

-*Quiero cruzar el río*

-*¿No viene nadie contigo?*

-*Vengo solo, ¿cómo podré cruzar el río?*

-*Yo te llevaré en mi espalda*

-*¿No te pesará demasiado?*

El gigante sonriendo cargó al pequeño, con la ternura de un padre, lo puso en su espalda dispuesto a cruzar el río.

Aún no había avanzado más que una cuarta parte del camino, cuando dijo:

-*Niño, pesas más de lo que pensé*

A la mitad del camino le dijo:

-*Niño, ¿serás tú el que es demasiado pesado o es que yo ya estoy débil? ¡Nunca he cargado con alguien tan pesado!*

Se tambaleó hacia delante y tuvo que hacer un esfuerzo mayor aún. A las tres cuartas partes, se detuvo gimiendo:

-*Niño, siento como si estuviera cargando el mundo entero a mis espaldas*.

Entonces sintió que su espalda se quebraría antes de poder alcanzar la otra orilla. La última parte del camino le pareció más larga que el resto; cada paso que daba le costaba un esfuerzo sobrehumano. Por fin llegó a la otra orilla, bajó al niño suavemente, y exhausto se dejó caer en el suelo. Entonces escuchó que el niño le decía:

-*Cristóbal, ¡tú has cargado al mundo en tus espaldas! Yo creé el mundo. Yo redimí al mundo. Yo cargué con sus pecados*.

Cuando Cristóbal se volvió, el niño había desaparecido. Pero supo quién era Aquél que lo había llamado por su nombre; supo quién era Aquél que lo había

llamado por su nombre; supo quién era Aquél al que había cargado para cruzar el río, y besando la tierra que el niño había pisado, imploró:

-“Sé mi Señor!”

¡Buscar al Señor más poderoso,
Seguir al ideal más glorioso,
Servir a lo sublime es nuestro anhelo,
con humildad, coraje y celo!
¡Servir queremos!

La hormiga y el grano de trigo

Un grano de trigo se quedó solo en el campo después de la siega, esperando la lluvia para poder esconderse bajo el terrón.

Una hormiga lo vio, se lo echó a la espalda y entre grandes fatigas se dirigió hacia el lejano hormiguero, camina que te camina; el grano de trigo parecía cada vez más pesado sobre la espalda cansada de la hormiga.

- “¿Por qué no me dejas tranquilo?”- dijo el grano de trigo.

La hormiga respondió:

- “Si te dejas tranquilo no tendremos provisiones para el invierno. Somos tantas, nosotras las hormigas que cada una debe llevar a la despensa el alimento que logra encontrar”.

- “Pero yo no estoy hecho para ser comido” –siguió el grano de trigo-, “yo soy una semilla llena de vida, y mi destino es el de hacer crecer una planta, escúchame, hagamos un trato”.

La hormiga contenta de descansar un poco, dejó en el suelo la semilla y preguntó:

-“¿Qué trato?”

“Si tú me dejas aquí en mi campo” –dijo el grano de trigo-, “renunciando a llevarme a tu casa, yo, dentro de un año, te daré cien granos de trigo iguales que yo”.

La hormiga lo miró con aire de incredulidad.

“Si, querida hormiga, puedes creer lo que te digo. Si hoy renuncias a mí, yo te daré cien granos como yo, te regalaré cien granos de trigo para tu nido”.

La hormiga pensó:

“¡Cien granos a cambio de uno sólo...! ¡Es un milagro!”

–¿Y cómo lo harás?” –preguntó al grano de trigo. “Es un misterio” –respondió el grano-. “Es el misterio de la vida. Excava una pequeña fosa, entiérrame en ella y vuelve dentro de un año”.

Un año después volvió la hormiga. El grano de trigo había mantenido su promesa.

La mariposa

Con sus alas cansadas, una mariposa revoloteaba sobre los prados. Caía una ligera lluvia que empapó sus bellas alas, poniéndolas tan pesadas que la mariposa cayó sobre el pasto. Casi todo el polvo brillante que cubría sus alas había desaparecido. En vano trató de volar. Se arrastró penosamente hacia una planta y puso un par de pequeños huevos bajo sus hojas.

Viendo que sus alas ya no podían levantarla, las dobló y permaneció quieta soñando con flores y rayos de sol, mientras la lluvia caía más y más tupida.

Cuando sopló la brisa fría de la noche sobre la pradera, la mariposa murió.

Los pequeños huevos quedaban al cuidado de la Madre Tierra. Durante el día el Sol los cubría con su calor; en la noche, la tierra los envolvía con su tibio aliento. La hoja los protegía de la lluvia, de manera que siempre estaban bien cuidados. El torrente de vida latente en la vieja mariposa se había agotado, pero había dejado una chispa en cada huevecillo.

Pasaron los días, se percibió un suave movimiento debajo de la delicada envoltura. Un rayito de sol que jugueteaba envolviendo la planta exclamó:

–“¡Salid, salid!”

El huevo se estiró, se agitó y, por fin, se rompió dejando salir una pequeña larva con el cuerpo cubierto de puntos amarillos, tan suave y tierra como un hilo de seda. La pequeña criatura se arrastró hacia la verde hoja, haciendo de aquel lugar su jardín; así como también su fuente de alimentación.

La larva se dio cuenta de que el borde de la hoja era más sabroso y poco a poco roía las esquinitas. Después de unos cuantos días la mitad de la hoja había desaparecido. El rayito de sol gritó de nuevo:

–“¡Sal hacia el verde mundo!”

La pequeña larva se deslizó de planta en planta. No todas le gustaban y siempre permanecía más tiempo sobre las plantas que se parecían a aquéllas que fueron su primer hogar.

El tiempo pasó, la larva creció. Después de unas cuantas semanas su lomo se cubrió de mechones de pelusa larga y café, entre esos mechones brillaron pequeñas motas rojas.

Terminó el verano. El viento de otoño sopló la pradera y sobre los campos. El rayo de sol volvió a decir:

-“Busca un hogar tranquilo que te sirva de albergue”.

Obediente, la larva se deslizó entre las piedras, adentrándose en la tierra. Tenía miedo de la oscuridad y murmuró quedamente:

“Madre tierra ayúdame a penetrar; el Sol quiere que me aleje de los verdes campos”.

La madre tierra respondió con ternura:

-“No llores, deja tras de ti el verde mundo, sigue el consejo del Sol, ven a mí. Despójate de tu ropaje está viejo y arrugado; ahora duerme; mis duendecillos tejerán bellos sueños para ti”.

La larva tiró su traje usado y descansó plácidamente. De súbito sintió que su cuerpo se ponía tenso, duro como si fuera madera, no podía moverse. Sintió que se asfixiaba; quiso pedir ayuda a la Madre Tierra:

-“Ayúdame, ayúdame, esto debe ser la muerte”, -gemía.

Pero antes de poder renunciar una sola palabra cayó en profundo sueño, un sueño de muerte. Su piel se endureció como la madera de un féretro.

Cuando llegó el invierno, los copos de nieve cubrieron la tierra, y las estrellas brillaban intensamente en el cielo nocturno, ocurrió un milagro en el féretro de la larva. Con suaves dedos, misteriosos duendecillos introdujeron un traje celestial en la quieta y silenciosa tumba. Lo habían tejido con luz de estrellas y resplandor del arco iris.

La tibia primavera fundió la nieve. Su calor llegó al fondo de la tierra. En la pradera las flores se abrían a la luz cálida del Sol, y cuando hubieron engalanado los prados con sus brillantes colores, allá en el fondo de la tierra, se abrió el féretro donde había muerto la larva, y despertó una mariposa. Buscando un caminito entre las piedras, la mariposa surgió al aire libre, hacia la luz. Oyó el eco de un canto que venía desde el mundo brillante:

-“Ven con nosotros”, -decían en el lenguaje de las flores.

Las flores se quejaron al Sol:

-“¡Ojalá pudiéramos también volar hacia ti, trenzando figuras entre tus rayos!”.

El Sol replicó:

“Debo vagar sobre tierras y mares; esperad un poco y mi “pájaro-sol” vendrá hacia vosotros. Él sabe las maravillosas historias de las estrellas y del arco-iris”.

Al mismo instante, la mariposa voló, posándose sobre las flores. Permaneció siempre con ellas; y las flores la quisieron como a una hermana.

Las espinas de la rosa

El Sol habló así a las flores:

“Abrid vuestros cálices durante el día para beber de mi luz. Por la noche os cerraréis; la luz de las estrellas y la buena luna velarán por vosotras. Pero si a través de las nubes no filtra ni un rayo de luz, entonces tened cuidado y cerrad vuestros pétalos para que no sufráis ningún daño”.

Y así hicieron las flores. Pero sucedió que una noche muy oscura merodeaba un espíritu maligno cerca de un rosal. Éste lucía una magnífica rosa roja. Al llegar la noche cerró sus pétalos, pero esto no impidió que su delicioso aroma se esparciera en el ambiente. Este perfume le irritó la nariz al Ángel Negro quien se vio obligado a estornudar.

“Uf, cómo apesta esta flor! De buenas ganas la destrozaría con mis uñas”, -dijo rezongando. Pero reteniendo la respiración se acercó a la flor y susurró:

“Hermosa rosa, abre tus pétalos que yo soplaré sobre ti y te daré un perfume más delicado”.

Callada quedó la rosa, cerradas dejó sus hojas.

Susurró de nuevo el Maligno:

“Hermosa rosa, abre tus pétalos que yo soplaré sobre ti y haré que te conviertas en un árbol para que no seas sólo un pequeño arbusto”.

Callada quedó la rosa, cerradas dejó sus hojas. Entonces se encolerizó el Ángel Negro y clavó sus garras en el tallo de la rosa. Rabioso sacudió y zarandeó al rosal, pero al darse cuenta que nada conseguiría con eso, desapareció. Oh, qué dolor sintió la pobre rosa en el tallo donde las uñas le habían desgarrado la piel.

Amanecía. Las heridas se hicieron cicatrices y de ellas salieron unas puntas espinosas. Un ángel de Luz que pasaba le dijo a la rosa:

-“Conserva esas espinas como recuerdo de tu firmeza”.
Y desde entonces tienen las rosas espinas.

La Hormiga

Vive en el hormiguero
Con una gran familia,
Y todas colaboran
Con abnegado afán.
Ni la alegre cigarra
Ni la bella mariposa,
Apartan a la hormiga
De su cierto camino.

Y al llegar el invierno,
caliente en su hormiguero,
se siente satisfecha.
Pues supo con coraje,
seguir pasito a paso
su cabal cometido,
¡Y llegar al final!

Abejita

Abejita generosa
que construyes tu colmena,
vuelas libre por los campos
y libas todas las flores,
transformando sus colores
en sabrosa y rica miel.
Silenciosa y chiquitita,
la dorada luz del Sol
transformas con tu tesón
en dulcísimo sabor.

¡Gracias querida abejita
por tu rica donación!

La Tierra me cuida

Cualquier animal
que vive en el bosque
sabe encontrar siempre
cuanto necesita.

Mapaches, castores,
ardillas, conejos,
cada uno sabe buscar su alimento.

Construyen sus casas,
cuidan a sus crías,
la tierra les brinda
cuanto necesitan.

A mí, como a ellos,
la tierra me cuida:
el sol su calor me da,
me iluminan las estrellas
y el agua calma mi sed.

La tortuga

Lentamente, lentamente,
anda la sabia tortuga.
Ella sabe lo quiere,
es prudente y no se apura.
Va fresquita y resguardada,
se siente segura en su casa,
pues tiene coraza.

Ella es sabia y ordenada
y se dice inteligente:
-“Despacito llevo lejos
y además cómodamente”.

Mi estrella

El sol dorado de la mañana
me impide ver las demás estrellas,
pero en la noche yo vuelvo a verlas.

Valiente guardo en mi corazón
un gran secreto de igual valor,
pues yo he de ser como Estrella
que dé luz en esta Tierra.

Y un Ángel en el cielo
me ilumina el camino,
Él guiará mi estrella
y siempre estará conmigo.

Bella princesa

La bella princesa
perdida en el bosque,
andaba sin rumbo,
llorando en la noche.
Se sentía sola
llena de rasguños,
y el lindo vestido
se lo destrozó.
Ya sin coronita
y sin zapatitos,
al fin en un árbol
triste se durmió.
Pero al despertar
divisó a lo lejos
a un bello príncipe
que se le acercó.
Curó sus heridas,
le tomó las manos
y en paz y alegría
con él la llevó.

Duermen, duermen los insectos

Los insectos se adormecen
con el frío y con las nieves.
Las alegres mariquitas,
orugas y escarabajos,
las abejas y abejorros
se guardan del frío helado.

Palabras

La llave de la puerta
la puerta de la puerta,
la huerta de la dama,
la dama está en la cama.
La cama es de puro pino,
el pino pulido fino,
fino es el traje de Lino
lino la dama ha tejido.
Ella ha tejido una manta,
manta que cubre una santa,
santa patrona le cantan,
cantan y cantan las ranas.
Ranas que dicen cu-cú,
cu-cú hasta Malibú,
Malibú con cielo azul,
azul tu velo de tul.
Esta canción ya se acaba.
acaba como empezó,
empezó como una llave
y con llave terminó.

Unos van a sus colmenas,
otros encerrados duermen
y otros entre sedas blancas,
nidos en alturas penden.
Ni hormiguitas ni arañas,
nadie en los campos está,
pero espérate un poquito
que muy pronto volverán.

Tic-tac

Tic-tac, el señor tiempo.
Tic-tac,
sin parar.
Tic-tac
no se detiene,
Tic-tac
¿A dónde iré?
No tengas prisa
Señor Tic-tac
que a su paso no puedo andar.
Tic-tac,
no corras tanto,
detente un poco
a jugar.
Tic-tac, tic-tac
Tic-tac, tic-tac
Tic-tac, Tic-tac.

Adivinanzas

¿Cuál es el animal
que es dos veces animal?

Verde como el campo,
campo no es.
Habla como el hombre,
hombre no es.

Estudiante que estudias
a la luz de la luna
¿Qué animal tiene alas,
pero no tiene plumas?

La hermana de mi tía,
aunque no es tía mía,
¿Sabrías decirme que es Mío?
Dos hermanas, mentira no es,
la una es mi tía, la otra no lo es

Nieto de bisabuelo,
padre de tus hermanos.
De tus primos es el tío,
de tus tíos hermano.

Dos negritos se quieren juntar,
pero un cerro no los deja pasar

¿Qué cosa es esa
que entra en el río y no se moja?

No ves el sol,
no ves la luna
y si está en el cielo
no ves cosa alguna.

A pesar de no se busque
tengo cuerdas y atavíos,
también tengo un regio puente,
pero nunca he visto un río.

Para bailar me pongo la capa
y para bailar me la vuelvo a quitar
porque no puedo bailar con la capa
y sin la capa no puedo bailar.

Fui y no soy,
no soy y fui.
Mañana seré
y siempre hablan de mí

Doce señoritas en un mirador,
todas tienen medias
y zapatos no.

Dedos tiene dos
piernas y brazos no.

Cuando apenas he nacido,
mi vida se acaba al punto,
aunque no soy el primero,
lo sigo por todo el mundo

Que es lo que se repite
una vez cada minuto,
dos veces cada momento
y nunca en cien años.

Estoy en el Sol,
estoy en el río
y cuando camino
voy contigo

¿Por qué la planta de los pies no es plana?

Cuando los diablos fueron arrojados por Dios y se dispersaron sobre la tierra se trajeron consigo al Sol: el emperador de los diablos lo había travesado con una lanza que llevaba sobre el hombro. La tierra se quejó ante Dios pues corría el peligro de ser abrasada por el Sol; envió Dios entonces al arcángel San Miguel para que éste de algún modo arrebatara el Sol al diablo. El santo arcángel descendió a la tierra y se hizo amigo del emperador de los diablos. Sin embargo, éste advirtió sus intenciones y se mantuvo alerta. Una vez que fueron ambos a pasear sobre la tierra, llegaron al borde del mar. Se prepararon para bañarse, y el diablo hundió en la tierra la lanza de la que pendía el Sol. Una vez que se hubiera bañado un poco, dijo el santo Arcángel:

-“Sumerjámonos para ver quien puede llegar más hondo”.

El diablo estuvo de acuerdo, y sumergiose San Miguel volviendo luego con arena del fondo del mar entre los dientes. Ahora debía sumergirse el diablo. Este temió que el Arcángel aprovecharse la oportunidad para arrebatarse al Sol y tomó

sus medidas. Escupió sobre la tierra y de su saliva brotó una urraca que debía custodiar al Sol mientras estuviera sumergido y volviese desde el fondo del mar con arena entre los dientes.

Apenas hubo desaparecido el diablo en el agua, hizo San Miguel con la mano la señal de la cruz y nueve varas de hielo grueso cubrieron súbitamente el mar. Cogió rápidamente al Sol y huyó con él hacia Dios. La urraca graznó con todas sus fuerzas. Al escuchar el diablo la llamada de la urraca adivinó lo que sucedía, y retornó tan rápido como le fue posible. Pero al llegar arriba encontró el mar helado y vio que no podía atravesar la capa de hielo. Volvió velozmente al fondo del mar, cogió una piedra y rompió con ella el hielo persiguiendo al astuto Arcángel. Éste había puesto ya un pie en el cielo, cuando el diablo alcanzó su otro pie arrancando con sus garras un buen trozo de carne de la planta. Herido de este modo, apareció San Miguel ante Dios trayéndole al Sol.

Quejose ante Él llorando de dolor y diciendo:

-“¿Qué ha de ser de mí, Oh Dios, deformado de este modo?”

Repuso el señor:

-“Tranquilízate y no te aflijas, de ahora en adelante todos los hombres han de tener, como tú, una planta que no es plana”.

Así pasó y así ha permanecido.

Los príncipes de los cabellos de oro

Este era un rey tan anciano que muy pronto murió. En su lugar quedó reinando su hijo.

Cierto día el joven salió de caza en compañía de su fiel criado y, al llegar a un bosque, vio a tres hermosas pastoras que estaban cuidando un rebaño de ovejas. Ellas también habían visto al rey.

La mayor dijo:

-“¡Oh Dios mío! Si el rey me tomara por esposa, le bordaría todas sus ropas con oro”.

Dijo la segunda:

-“¡Oh, Dios mío! Si el rey me tomara por esposa, le regalaría una jarra de oro”.

Dijo la menor:

-*¡Oh, Dios mío! Si el rey me tomara por esposa, le daría dos niños de cabellos de oro*".

El criado del rey, que tenía el oído muy fino, oyó todo lo que las pastoras decían y se lo contó al rey. Éste quedó muy impresionado por lo que su criado había oído, y pensando que en todo eso podría haber algo de verdad, se acercó a las pastoras y les preguntó:

-*¿Quién de vosotras podría darme dos hijos de cabellos de oro?*"

La menor se arrodilló ante el rey y dijo:

-*Yo, Majestad*".

-*Si es así, ven conmigo, que desde este momento eres mi esposa*".

Y haciéndola montar sobre su mismo corcel, regresó con ella a palacio. Se casaron inmediatamente, y el sacerdote bendijo la boda, que fue magnífica.

Todo el mundo estuvo contento, menos la vieja aya del rey. Esta tenía una hermosa hija y había pensado que podría casarla con el joven rey, y de esta manera ella sería la reina madre.

Pero este casamiento repentino le había estropeado sus planes.

A los pocos meses de estar casados, el rey debió partir a la guerra. Despidiese con pesar de su esposa y le hizo prometer que, si durante su ausencia nacían sus hijos, le escribiría en seguida. Y así se lo prometió la joven reina.

La guerra duraba ya meses, cuando la reina tuvo dos hermosos hijos de cabellos de oro, bellos como dos luceros.

La horrible vieja que fuera aya del rey dio tantas y tantas vueltas alrededor de la cama de la reina, que al fin logró cambiarle sus hijitos por dos perros recién nacidos. La reina, desesperada, no se explicaba por qué habían nacido dos cachorros de perra en lugar de los esperados mellizos de cabellos de oro. Se mesaba los cabellos y lloraba de dolor y de vergüenza.

Mientras tanto, la vieja había ido al río y arrojado a sus aguas a los dos hermosos niños.

La reina, fiel a su promesa, escribió al rey lo sucedido, sin importarle lo que éste haría en su enojo.

El rey volvió a su palacio inmediatamente, dejando la guerra al cuidado de sus soldados. Cuando llegó hizo prender a la reina y ordenó que la llevaran al bosque, y que allí la enterraran en la tierra hasta la cintura, y que todos los que por allí pasaran la escupieran y la maltrataran y que no le dieran para comer más que pan seco, que eso bastaba para no morir de hambre.

Pero a los dos príncipes Dios no los había abandonado. Habían sido arrojados a la orilla por el agua, y allí, entre las tiernas hierbas, el buen Sol les secó, y los animales del bosque fueron sus amigos, y así crecieron sanos y fuertes. Cierta mañana, uno de ellos dijo al otro:

-“¿Sabes lo que he soñado anoche, hermano?”

-“No, si no me lo dices”

-“Pues soñé que un viejo de larga y blanca barba. Me decía que nosotros no éramos huérfanos como creíamos; que éramos príncipes, y que cuando habíamos nacido, una vieja bruja nos cambiaba y ponía en nuestro lugar, al lado de nuestra madre, dos perros cachorros; y que vuestro padre, en su enojo, hacía enterrar hasta la cintura a nuestra buena madre, en el bosque”.

-“Hermano” –dijo el otro, asombrado-, “has de saber que yo también tuve ese mismo sueño”.

Los hermanos, convencidos de la realidad del sueño, se pusieron en marcha, y a la mañana siguiente llegaron a la ciudad donde habían nacido.

Mientras paseaban por las calles de la ciudad, el rey los vio, y no pudo quitarles los ojos de encima. Finalmente los invitó a comer con él.

Mientras se dirigían al palacio, la vieja bruja los vio, e inmediatamente reconoció en ellos a los hijos de la reina.

Corrió al encuentro de ellos y les dijo:

-“Ah hijos míos, qué hermosos sois!; pero seríais diez veces más hermosos si os bañarais en las aguas de la gruta del Sol”.

Los hermanos pensaron que, bañándose en esas aguas mágicas, serían más hermosos, y el rey les querría más. Se encaminaron hacia esa gruta antes de pasar al palacio del rey.

Pero esa gruta estaba tan lejos, que por más que caminaron no la pudieron encontrar. Ya pensaban volver, cuando hallaron en el camino una casita de barro. Entraron, y vieron allí a un anciano de larga barba blanca que leía en un enorme libro.

-“Muy buenas noches os dé Dios, abuelo” –saludaron los hermanos.

-“Que Dios esté siempre con vosotros, hijos míos- respondió el anciano-. Pero ¿qué buscáis aquí, donde no llegan ni los pájaros?”.

-“Vamos en busca de la gruta del Sol para bañarnos en sus aguas, que, según nos dijeron, embellece a todo aquél que se baña en ellas”.

-“Pues no estáis muy desencaminados. Yo me llamo Viernes –continuó el anciano-, y si hacéis todo lo que os digo, no correréis peligro alguno. Porque

habéis de saber que la casa del Sol tiene muchos secretos terribles; que se abre todos los días a las once horas y se cierra justamente noventa y nueve segundos después; quien queda adentro muere irremediablemente. Cuando hayáis entrado, no debéis prestar atención a las palabras melosas de una vieja bruja que estará allí, invitándoos a llenar vuestros bolsillos con oro, pues lo que realmente pretende es que perdáis vuestro tiempo y os quedéis adentro. Al fondo de la casa está la gruta del Sol, donde corre siempre un hilo de agua que tiene la propiedad de embellecer todo ser humano que toca. Deberéis bañaros rápidamente, pues debéis estar afuera antes de que transcurran los noventa y nueve segundos de tiempo”.

Los jóvenes agradecieron cariñosamente los buenos consejos del anciano y se despidieron de él.

Llegaron a la casa del Sol en el preciso instante en que la puerta se abría. Los hermanos entraron rápidamente; y allí estaba la vieja, quien al verlos les dijo con voz meliflua:

-“Venid, hermosos jóvenes, que os haréis ricos sin esfuerzo”.

Pero ellos no hicieron caso y corrieron hacia la gruta, donde se bañaron, y salieron precipitadamente. Detrás de ellos se cerró enseguida la puerta de la casa del Sol.

Mientras tanto, el rey los esperaba en vano; y la reina, en el bosque, era insultada y maltratada por todos.

A la mañana siguiente volvieron los jóvenes a la ciudad, y se encontraron otra vez con el rey. Este, encontrándolos más gallardos que antes, y encantado de los hermanos, los invitó nuevamente a su palacio, y él se adelantó, como la vez anterior, para ordenar algo especial a su cocinero.

Cuando los jóvenes se dirigían al palacio, vieron venir hacia ellos a la vieja bruja de antes. Ésta los maldijo en su interior por no haber muerto en la casa del Sol; pero se le ocurrió otra idea maligna, fingiendo bondad, les dijo:

-“¡Qué hermosos sois, hijos míos!. Pero seríais mucho más hermosos si os limpiarais con el pañuelo del Sol”.

Los hermanos se miraron y pensaron que si así lo hacían, se volverían más hermosos y entonces el rey los querría más. Por lo que decidieron volver a casa de Viernes, antes de ir al palacio del rey.

Viernes les dijo:

“Os ayudaría de todo corazón, pero el secreto del pañuelo del Sol lo sabe Sábado”. Y les indicó dónde vivía. También Sábado estaba leyendo en un enorme libraco cuando entraron los jóvenes en su casita de barro.

Después de saludarlo cortésmente, le dijeron que los había enviado Viernes para que les ayudase a limpiarse con el pañuelo del Sol.

“Pues debéis estar en la casa del Sol a las once. En la primera gruta ya sabéis lo que hay; no os detengáis delante de ella, ni con la vieja bruja de las palabras melosas. En el segundo aposento está el pañuelo del Sol colgado de un clavo. Limpiaos rápidamente con él y salid corriendo antes de que pasen los noventa y nueve segundos de tiempo”.

Llegaron a la casa del Sol justamente cuando la puerta se abría. Entraron corriendo; pasaron frente a la vieja, que les invitaba a llenarse los bolsillos de oro, y delante de la gruta del agua milagrosa; pasaron de largo delante de la otra bruja, que les llamaba con palabras más dulces que la primera, y tan ligeramente como era posible se limpiaron con el pañuelo del Sol, que estaba colgando de un clavo, tal cual lo dijera Sábado. Y salieron corriendo velozmente y muy a tiempo, pues detrás de ellos se cerró la puerta con gran estrépito.

Mientras tanto en el palacio el rey los esperaba inútilmente, y en el bosque la reina continuaba sepultada hasta la cintura, insultada y maltratada por todo el mundo.

Al día siguiente volvieron los jóvenes a la ciudad y el rey, que os había estado buscando, al verlos les preguntó por qué no habían venido a comer con él. Los jóvenes se disculparon, diciendo que habían tenido que hacer algo importante, pero que si el rey así lo quería, ese mismo día irían a palacio. Una vez más, el rey se adelantó para ordenar al cocinero que hiciera algo especial para comer.

Cuando los jóvenes se acercaban al palacio, fueron vistos por la vieja bruja, quien maldijo el momento que los había visto crecer. Pero muy pronto se le ocurrió otra idea diabólica, y corriendo hacia los hermanos, les dijo con voz melosa:

“Ah, hijos míos, sois muy hermosos, pero seríais diez veces más hermosos si os mirarais en el espejo del Sol”.

Los hermanos pensaron que si se miraban en el espejo del Sol el rey los encontraría más hermosos y los querría más aún.

Volvieron entonces a la casa de Sábado y le preguntaron por el secreto del espejo del Sol.

-“Os ayudaría de buena gana –les contestó Sábado-, pero quien tiene el secreto del espejo del Sol es Domingo”. Y les indicó dónde vivía Domingo, a quien los hermanos encontraron leyendo un libro mucho más grande que el de Viernes o el de Sábado.

Después de saludar, los jóvenes le expusieron el motivo de su visita.

-“Mañana a las once – les dijo domingo- debéis entrar en la casa del Sol; pasaréis al tercer aposento, donde estará una hermosa joven que tratará de reteneros, pero entraréis rápidamente y después de miraros en el espejo del Sol, deberéis salir corriendo, antes que la puerta se cierra; de lo contrario, perderéis vuestras vidas”.

Los hermanos agradecieron los buenos consejos, y se marcharon. Cuando llegaron a la casa del Sol, las puertas se abrían de par en par. Ellos entraron rápidamente, pasaron de largo por la gruta del agua milagrosa, atravesaron el aposento del pañuelo mágico y entraron al tercer aposento. Después de haberse mirado en el espejo del Sol salieron corriendo, pero la joven que estaba allí era tan linda, que uno de los hermanos quedose un segundo en el umbral, mirando hacia atrás. En ese instante la puerta se cerró, sacándole un buen pedazo de carne del talón del pie.

A la mañana siguiente regresaron lo jóvenes a la ciudad y volvieron a encontrarse con el rey.

Mientras tanto, la reina seguía en el bosque y continuaba recibiendo los insultos y malos tratos de todos, tal como lo había ordenado el rey.

Esta vez el rey no dejó solos a los hermanos y los acompañó él mismo y los llevó en su carroza de oro a su palacio para comer con ellos.

La vieja bruja casi revienta de rabia cuando los vio, y quién sabe cómo logró colocarse en lugar de la cocinera, que, casualmente, estaba enferma. Tenía mucho miedo de que se supiera que había sido ella quien cambiara los mellizos por los cachorros de perra.

Cuando la mesa esta puesta, el rey y los dos jóvenes se sentaron a comer. Cerca de ellos jugaban los dos perros que habían quedado en lugar de los hermanos. Cuando trajeron la sopa, uno de los jóvenes se levantó de la mesa y dijo al rey:

-“Majestad, yo no tomo esta sopa, pues creo que está envenenada”.

El rey se alarmó ante tal afirmación, y para comprobar si esto era cierto dio de la sopa a los dos perros que jugaban a sus pies. Estos murieron a los pocos minutos, entre terribles tormentos.

Entonces el rey mandó llamar a la cocinera y le preguntó quién había echado el veneno en la comida. En ese momento se levantó el otro de los hermanos y contó al rey el sueño que habían tenido, cuando aún vivían en el bosque.

El rey se levantó de la mesa de un salto y abrazó emocionado a sus hijos. Los tres lloraban de alegría al verse nuevamente juntos.

Inmediatamente el rey ordenó que la vieja bruja fuese atada a la cola de un caballo y arrastrada por toda la ciudad. Así murió la perversa bruja.

El rey y sus dos hijos se encaminaron hacia el bosque, y una vez allí libertaron a la reina de su suplicio, la llevaron al palacio, y por primera vez en sus vidas comieron todos juntos y fueron felices los cuatro. Y cuéntale que desde entonces no se separaron más.

Las semillas de manzana

Si al partir una manzana
tú te fijas muy, muy bien,
verás cinco ventanitas
formando un carrusel.

En cada ventanita
dos semillas hallo yo,
ellas duermen y ellas sueñan
con los rayos del Sol.

Las semillas de manzana
todas sueñan con afán
que de ellas algún día
un manzano crecerá

Al comer una manzana
sus semillas guardarás,
tú las pones bajo tierra
en el campo y ya verás...
que de cada semillita
un arbusto va a surgir
y del arbustito un árbol
de manzanitas así.

El payaso de Dios

Hace mucho, mucho tiempo vivía en un pequeño pueblo italiano un joven llamado Giovanni. No tenía ni padre ni madre y siempre iba vestido con harapos. Para conseguir su sustento diario, debía mendigar y pedir limosna, y dormía debajo de los puentes o en los portales de las casas. Pero Giovanni era feliz porque podía hacer algo muy especial: podía hacer juegos malabares. Cada día se acercaba al mercado, al puesto de verduras y frutas del señor Baptista y allí enseñaba a todos su arte.

Podía hacer malabares con naranjas y con limones, y también con manzanas, e incluso con pimientos; siempre llegaba gente de todas partes para verle; y cuando Giovanni había acabado de actuar, la gente compraba sus verduras y frutas en el puesto del señor Baptista. Después la señora Baptista le regalaba un plato de sopa caliente. Y así quedaban todos contentos.

Una tarde llegó al pueblo un pequeño grupo circense y Giovanni se maravillaba de sus bonitos vestidos y de sus cantos y bailes.

-“Oh”, decía Giovanni, *“así quiero yo también vivir”*.

Y un buen día, cuando la representación había terminado, Giovanni habló con el director del circo. *“No, no”* le dijo éste, *“de trotamundos no quiero saber nada. Ve a pedir a otra parte”*.

-*“Pero yo soy muy habilidoso”,* -contestó Giovanni. *“Puedo ayudar a empacar y a desempacar las cosas. Y me puedo dedicar a cuidar el burro; además, señor, puedo hacer juegos malabares”*.

Y le enseñó su arte.

-*“No está mal”,* opinó el director observando a Giovanni.

-*“Con un poco de práctica... Está bien, pero no recibirás sueldo. Sólo un sitio donde dormir y un plato de comida al día. Al fin y al cabo, perteneces ahora al mejor grupo circense de Italia”*.

-*“Muchas gracias”,* dijo Giovanni.

-*“Ahora vete y busca tus cosas. Partimos dentro de una hora”,* añadió el director.

Giovanni se despidió del señor y de la señora Baptista y se marchó a correr mundo con el grupo.

Al poco tiempo Giovanni recibió un vestido y empezó a hacer malabares para el público. Se pintaba la cara como un payaso y antes de empezar la función se ponía delante del escenario, saludaba, abría un colorido saco,

extendía una alfombra y empezaba la función. Hacía malabares con palos y platos. Después ponía los platos sobre los palos y los hacía girar. También hacía malabares con bolos y anillos, e incluso con antorchas encendidas.

Al final lanzaba a lo alto una bola roja y otra naranja. Después otra amarilla, una verde, otra azul y una violeta, hasta que tenía todas en el aire formando un arco-iris.

-*"Y ahora, ¡el sol en el cielo!"*, -decía él. Mientras Giovanni hacía estos malabares sacaba de su bolsillo una bola dorada brillante y la lanzaba más alto y más alto, cada vez más rápido. Y el público le aplaudía emocionado.

Giovanni se hizo muy famoso, y no pasó mucho tiempo hasta que se despidiera del grupo circense para actuar solo por el mundo. Viajó por toda Italia y a pesar de que su vestimenta cada vez era más colorida y bonita, conservó para siempre su máscara de payaso.

Un día Giovanni hacía malabares para un conde, otro día para una princesa. Y siempre hacía lo mismo: primero los palos, luego los platos, después los bolos, los anillos y las antorchas; y al final el arco-iris con las pelotas de colores.

-*"Y ahora, ¡el sol en el cielo!"*, gritaba él, y la pelota dorada subía y subía a lo más alto y el público reía y aplaudía entusiasmado.

Un buen día Giovanni estaba sentado a la orilla de un camino bajo la sombra de un árbol y comía un pan con queso. En esto pasaron por allí dos monjes.

-*"Dinos, buen payaso, ¿no quisieras compartir con nosotros tu comida?"*, le preguntaron. *"Dios te lo pagará y nuestro hermano Francisco te bendecirá"*.

-*"Sentaos hermanos"* -contestó Giovanni. *"Tengo más que de sobra."*

Mientras los tres hombres comían, los monjes relataban su forma de ir por la vida, yendo de ciudad en ciudad pidiendo comida y predicando el amor de nuestro Señor Dios.

-*"Nuestro fundador, el hermano Francisco, dice que todo lo que se hace en la vida es para aumentar la gloria de nuestro Señor. También tú, con tu arte de hacer malabares contribuyes a ello"*, -añadieron los monjes.

-*"Eso es válido quizás para hombres como vosotros, pero yo hago malabares sólo para alegrar a la gente"*, dijo Giovanni.

-*"Justo a eso nos referimos"*, -contestaron los monjes. *"Cuando tú haces reír y disfrutar a la gente, haces crecer con ello la gloria de nuestro amado Señor"*.

-*"Si vosotros lo decís"*, opinó Giovanni riendo, *"entonces será verdad; bueno ahora debo seguir mi camino."*

- ¡Arrivederci buenos hermanos y mucha suerte!”.

Y allí donde Giovanni llegaba, allí hacía volar sus palos y sus platos, sus bolos, sus anillas y sus antorchas. Y siempre le seguía el arco-iris y “el sol en el cielo”, con las pelotas de colores. La gente le seguía aplaudiendo.

Los años fueron pasando. Giovanni se hizo mayor y llegaron los tiempos difíciles. El público ya no se paraba a mirar y a reír.

-“Bah, es el viejo payaso, el que hace malabares”. “Ya lo hemos visto”, -decía la gente.

Giovanni ya no era feliz, pero seguía haciendo malabares. Hasta que un día tiró a lo alto “el sol en el cielo”, el arco-iris se derramó en el aire y el público empezó a reírse; pero esta vez no de alegría. Esta vez la gente hizo algo terrible; lanzó a Giovanni tomates y piedras, de tal forma que tuvo que salir huyendo para salvar su vida.

A la orilla de un río lavó la pintura de su cara y guardó sus utensilios de trabajo: los palos, platos, anillas, etc. Se quitó el vestido de payaso y dejó de hacer malabares para siempre.

El poco dinero que tenía lo gastó en comida; sus ropas terminaron siendo harapos y al final tuvo que mendigar para comer; dormía bajo los puentes o en los portales de las casas, tal como había hecho en su juventud.

-“Ya va siendo hora de volver a casa”, se dijo un día aquel viejo hombre. Y se marchó andando a su pueblo.

Era una fría tarde de invierno cuando por fin llegó; corría un viento muy fuerte y caía una lluvia fría como el hielo. Delante de él se alzaba la iglesia del convento. Las ventanas estaban a oscuras pero la puerta estaba abierta. El viejo Giovanni entró y se acurrucó, muerto de frío, en un rincón. Entonces se durmió.

De pronto una música le despertó. La iglesia se iluminó con luz de velas y estaba llena de personas que cantaban el Gloria, Gloria. Giovanni no podía creer lo que sus ojos veían: ¡qué esplendor! Una larga procesión de monjes, sacerdotes, monjas y fieles llegaba del pueblo y entraba en la iglesia. Cada cual portaba un valioso regalo consigo y lo colocaba delante de una figura; era la figura de una mujer con un niño en brazos.

-“¿Qué pasa aquí?” -preguntó Giovanni a una señora que estaba cerca de él.

-“Hoy es el día de la fiesta del santo Niñito y en la procesión cada cual le trae un regalo”.

Muy sorprendido, Giovanni observó todo hasta que acabó la ceremonia. La gente abandonó la iglesia y de nuevo quedó todo oscuro; sólo permaneció con

luz de las velas la imagen de la Señora con el Niño. Giovanni se acercó y observó que la cara del pequeño mostraba seriedad y rigidez.

-“Oh”, dijo Giovanni, *“yo quisiera tener algo para regalarte. Tu Niño parece estar tan aturdido a pesar de todos estos bonitos regalos. Pero espera, yo antes hacía reír a la gente”*.

Giovanni abrió la bolsa que tenía consigo, sacó su vestido de payaso. Luego se pintó la cara, desenrolló la alfombra y empezó a hacer malabares. Primero los palos, después los platos. Luego dejó rodar los platos sobre los palos para seguir haciendo malabares con los bolos y anillas.

Uno de los monjes que iba a cerrar la puerta de la iglesia vio a Giovanni haciendo su función delante de aquella imagen; salió corriendo a avisar a los demás monjes, pero Giovanni no notó nada.

-“Y ahora” -dijo Giovanni riendo al Niño, *“primero la pelota roja, luego la de color naranja después la amarilla... y la verde, la azul y la violeta”*.

Giovanni movía las pelotas a lo alto y cada vez más rápido hasta que parecía un arco-iris.

-“Y ahora”, -gritó Giovanni, *“¡el sol en el cielo!”*.

La pelota dorada rodó y rodó cada vez más alto. Giovanni no había hecho malabares tan bellamente en toda su vida. Más alto y más rápido. Los colores bailaban en el aire. Era un maravilloso espectáculo. El corazón de Giovanni palpitaba fuertemente.

-“¡Para ti, querido Niño, para ti!” gritó más fuerte.

De repente el corazón de Giovanni dejó de latir. Giovanni cayó redondo al suelo y los monjes acudieron al lugar. Uno de ellos se inclinó sobre el anciano y dijo:

-“Oh. El viejo payaso ha muerto. Que su alma descanse en paz”.

Pero aquel mismo monje, al levantarse después, se quedó petrificado y con la boca abierta, mirando a la imagen de la Señora con su Niño.

-“Mirad”, dijo señalando con su mano a la imagen, *“mirad”*.

El niño estaba riendo y en su mano sostenía una bola dorada.

Admirar lo bello,
guardar lo verdadero,
venerar lo noble,
acordar lo bueno;
Esto conduce al hombre
en la vida a las metas,
en la acción a lo recto,
en el sentir a la paz,
en el pensar a la luz
y le enseña a confiar
en el imperio divino,
en todo cuanto es:
en el vasto universo,
en el fondo del alma.

Martinus

Martinus de Tours nació en el lejano país de Hungría, hijo de un soldado romano. Sus padres no creían en Dios, pero él se dejó bautizar en la ciudad de Amiens cuando tenía 18 años. Antes de esto, siendo un joven soldado, durante un helado y ventoso invierno, antes de partir con otros soldados a caballo, recibió de sus jefes un caliente y grande abrigo; tanto que le cubría todo su cuerpo y aún sobraba para cubrir parte de su caballo. Preparados todos para partir hacia la ciudad de Amiens, tenían que pasar por un oscuro y tupido bosque. Cuando llevaban ya un trecho y la oscuridad se adueñaba de todo, apareció en el camino una figura semidesnuda. Mientras los soldados ni tan siquiera levantaban su escondida cabeza bajo las capuchas, Martinus se iba acercando y reconociendo a un débil anciano medio muerto de frío que en mitad de la noche aparecía entre los árboles. Cuando el jinete pasó frente al viejo éste le tendió la mano, pero el joven soldado no llevaba dinero consigo; sin pensárselo dos veces, desenvainó su espada, desató su gran abrigo y de un golpe lo partió en dos mitades, ofreciendo al desamparado una de ellas. Las risotadas de sus compañeros no le retuvieron y el anciano, dando las gracias, se tapó y desapareció en la oscuridad.

Esa misma noche, refugiado del terrible frío entre unas rocas, cristo se apareció a Martinus vestido con la mitad del abrigo. Dirigiéndose al ejército de ángeles que le acompañaba, dijo:

-“Martinus, el que no ha sido bautizado todavía, me ha dado vestimenta”.

Esa imagen le impresionó tanto al joven que en la primera ocasión que tuvo se dejó bautizar.

Muchas veces, sobre todo en Francia, se presenta a Martinus con un ganso, y como se sabe, se tiene la costumbre de freír o cocinar este animal para la fecha del santo a mediados de Noviembre. Esto tiene su historia: cuando Martinus fue nombrado sucesor del obispo de Tours, él no se consideró merecedor de tal privilegio; entonces trató de huir y de esconderse en un corral de gansos. Como todo el pueblo lo quería tener como obispo, se puso a buscarlo; al graznido de los gansos la gente supo dónde se había ocultado Martinus. Fue conducido de nuevo a la ciudad de Tours y allí fue nombrado obispo.

El burro y la vaca

El Niño descansaba en el pesebre, mientras que afuera reinaba un frío glacial. En el establo, María y José juntaban la paja del heno para cubrir el cuerpecito del Niño, para que éste no tomara frío.

Cuando al fin el pequeño dormía, María y José descansaron tranquilos. Cerca de ellos estaban echados una vaca y un burro; la vaca, medio dormida rumiaba, y movía la cabeza hacia sí acompasadamente. EL burrito, al contrario, no encontraba reposo; tan pronto espantaba una mosca con la cola, como se rascaba el cuerpo con la pezuña.

Finalmente se paró y empezó a trotar por el establo. Al lado del pesebre se detuvo, husmeando el pasto seco. En seguida encontró un gran manojito de heno y pausadamente comenzó a comerlo.

Un viento frío corrió por el pesebre; el Niño sintió frío y se estremeció. Entonces la vaca levantó la cabeza hacia el borde del pesebre, y soplando, calentó con su tibio aliento el cuerpecito de la criatura.

María se despertó al mismo tiempo que el burrito sacaba un nuevo manojito de heno; ella sonrió y le dijo:

-“Oh, tú, burrito glotón, estás comiendo la paja que cubre a mi Niño ¿tan hambriento estás?

Volviéndose a la vaca, la acarició detrás de las orejas y le dijo:

-“Mi buena vaquita, cuando tú seas más grande, tu leche servirá de alimento a muchos niños, que así se conservarán sanos y tendrás mejillas rosadas”. Y María tuvo siempre una caricia para la vaca, mientras la familia quedó en el establo.

Más tarde, cuando el burrito llevaba a la Madre María y al Niño sobre las calientes arenas del desierto, pudo reparar la falta cometida soportando valientemente el hambre, que solamente pudo calmar con los cardos espinosos. Y nunca se quejó.

En el oasis

La Sagrada Familia llegó al fin a un oasis donde podrían pasar la noche. José no ató el burrito, pues éste tenía la costumbre de permanecer siempre a su lado mientras ellos dormían.

Al amanecer, el burro se levantó y se fue al bosquecillo, para buscar algunos cardos que comer. Se fue alejando cada vez más de la familia, que todavía seguía durmiendo. En ese mismo momento un león rondaba por las cercanías. De pronto levantó la cabeza y olfateó; sentía olor a carne de burro.

Se deslizó lentamente hacia dónde venía el olor, hasta que vio al burro que pacíficamente estaba comiendo cardos.

Pero el burro tiene orejas largas, y tiene muy buen oído. De improviso se contrajo bruscamente y escapó de allí al trote.

El león dio un salto tremendo y lo siguió. Como era de esperar, el burrito volvió hacia donde estaba la Sagrada Familia y, naturalmente, el león le siguió hasta allí. Unos saltos más y el león hubiera tenido al burro entre sus garras. El pobre burrito se tiró temblando al lado de una palmera, mientras gritaba angustiosamente.

Sorprendido, el león se detuvo, pues allí había otros seres extraños. Mientras miraba con ojos encendidos, el niño Jesús se acercó a él, lo tomó suavemente de una oreja y acarició su melena. El león se dejó caer a los pies del Niño mansamente y no se apartó de allí hasta que la Sagrada Familia reanudó su viaje.

La palmera

Los fugitivos llevaban ya muchos días en camino, cuando llegaron a un lugar seco y desértico. Los árboles y arbustos no crecían allí, el poco pasto que había estaba quemado por los rayos del sol. Desde ese lugar se extendía el desierto y ante los ojos de los viajeros se abría un interminable mar de arena. Allá abajo en los arbustos no soplaba ni una brisa y los rayos del sol quemaban despiadadamente el árido suelo.

María ya casi no tenía fuerzas para sostenerse sobre el borriquito; José caminaba a su lado agobiado y sudoroso. El borrico dejaba colgar sus largas orejas y avanzaba lentamente con la cabeza gacha. El niño reposaba amparado por el manto de María, quien de vez en cuando soplaba con su aliento sobre su rostro.

Tenían sed, pero el agua del odre se había agotado. José sentía una inmensa pena pues el desierto parecía no tener fin.

De pronto levantó el burro la cabeza y sacudió las orejas. María miró hacia delante y alcanzó a divisar una palmera que se encontraba al lado de un montículo de arena. El burrito se apresuró a llegar a la sombra del dátil. Pronto se encontró María descansando a la sombra de la palmera en lo alto de la cual colgaban por entre sus hojas los más hermosos dátiles.

“¡Ah! –exclamó María-, si por lo menos pudiéramos comer un poco de esa fruta”

–“Tú vez que la palmera es muy alta, yo no puedo bajarla”.

–“Dame entonces un poco de agua, la sed me atormenta”.

José contestó muy afligido:

–“Ya no queda ni una gota; la hemos terminado”.

Mientras así hablaban, el Niño sacó la manita del manto de María. Los deditos hicieron una seña a la palmera y el pequeño la llamo con voz tenue:

–“Ven, inclínate”.

Entonces el largo tronco de la palmera se inclinó lentamente hacia la tierra, hasta que los dátiles alcanzaron la mano de María, la cual tomó la fruta con gran regocijo y José llenó con ella un saquito para el viaje.

Pero mientras comían, la sed empezó a atormentarlos aún más.

Un viento fuerte había levantado la arena al pie de la palmera y una raíz gruesa como un brazo sobresalía del suelo.

Por segunda vez apareció ahora la manita del Niño de entre el manto de su madre e hizo una seña a la raíz.

-“¡Danos agua!” – dijo la dulce voz del Niño. Y de la raíz empezó a fluir agua, como de un pequeño manantial.

¡Qué maravillosa y refrescante era el agua!. José pudo llenar de nuevo el odre y el agua no cesaba de correr. María cavó entonces con la mano y formó una pequeña laguna, allí baño al Niño, el cual tenía las mejillas cubiertas por el polvo del desierto.

Después de chapotear en el agua de la palmera, su rostro volvió a ponerse fresco y sonrosado.

Pues bien, también el burrito se apresuró al agua y bebió; las orejas le bamboleaban y su cola se meneaba alegremente.

La levadura

Cuando los soldados de Herodes perseguían tenazmente a María, llegó ella a una casa, cuya puerta estaba abierta. Allí adentro había una mujer amasando.

-“Oh, mi buena mujer –dijo María angustiosamente-, ayúdame a esconder al niño; mira, allí donde se levanta esa polvareda vienen los soldados asesinos; quieren quitarle la vida”.

La mujer preguntó:

-“¿Dónde lo escondo? ¿Debajo del cubrecama?”

-“No, no; lo atravesarían con la espalda”.

-“¿Tal vez en uno de los armarios?”.

-“Oh, no; lo romperían tratando de buscarlo”.

-“Entonces, dámelo; lo colocaré sobre la pila y extenderé la masa sobre él”.

María asintió, y el niño dejó que la panadera lo cubriera con la masa.

Apenas habían desaparecido las manos y los pies, cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta; poco después ésta se abrió violentamente.

Las siniestras apariciones entraron en la habitación y, mirando sombríamente a su alrededor, exclamaron a grandes voces:

-“¿Dónde está el niño? Entregadlo inmediatamente”.

La panadera se plantó valientemente delante de los soldados y les dijo:

-“¿Desde cuándo tengo yo más niños? Los míos hace tiempo que crecieron y se han marchado por el mundo. Pero buscad vosotros mismos.”

Los soldados buscaron debajo de la mesa y de los bancos, clavaron las espadas en la cama y abrieron a golpes los armarios, de manera que la vajilla y los utensilios se rompían; pero el niño no aparecía.

Mientras tanto, María amasaba, como si ella hubiera sido la sirvienta de la casa. Al no encontrar nada, los soldados rompieron la tinaja del agua que estaba junto a la artesa y, echando maldiciones, se fueron de la casa.

-*¡Oh, qué maravilloso!*- exclamó la panadera al acercarse a la mesa de amasar-. *¡Cómo ha crecido la masa! ¡Está cayendo al suelo!*".

Rápidamente sacó al niño, que estaba debajo de la masa, y lo puso en brazos de María. Luego fue formando los panes, uno detrás de otro.

María le dijo:

-*Guarda un poco de esta masa para la próxima vez, para que la nueva masa también crezca como ésta*".

Y con estas palabras, abandonó la casa.

María estaba ya muy lejos y la mujer seguía haciendo panes y más panes. La masa parecía no tener fin. Había tantos panes que toda la aldea pudo comer de ellos. Pero el último trozo lo conservó la panadera para la próxima vez.

Cuando a la semana siguiente volvió a preparar la masa para el pan, no se olvidó de usar el resto anterior. Estaba, por cierto, agrio; pero mirad, otra vez creció la masa y rebasó la artesa.

Mucha gente pasaba por allí y pedía un poco de la masa milagrosa para que el pan de ellos también se multiplicara. Y también ellos lograron eso. Aún hoy en día es costumbre, al hacer el pan, mezclar un poco de la masa vieja con la nueva; y aún hoy, debido a esto, fermenta y crece la masa.

Los Reyes Magos

Que vengan los Reyes Magos
y comiencen a adorar
al Niño que ya ha nacido
en Belén en un portal.

Con Melchor y con Gaspar,
en unión de Baltasar;
ya llegaron a Belén
a ver a Jesús

Que vengan los pastorcitos
con el burro, con el buey;
acerquen al corderito
que ha de ser el Agnus Dei.
Con Melchor y con Gaspar ...
Se fueron los Reyes Magos
al Oriente a predicar
que el Niño Dios fue enviado
para a todos ayudar.
Con Melchor y con Gaspar...

El castillo de Chuchurumbé

Este es el castillo de Chuchurumbé,
estas son las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Estas son las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el ratón
que royó el cordón
de las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el perro
que mordió al gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el palo
que pegó al perro
que mordió al gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves

de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el fuego
que quemó el palo
que pegó al perro
que mordió al gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves
de la puerta
del castillo de Chuchurumbé.
Esta es el agua
que apagó el fuego
que quemó al palo
que pegó al perro
que mordió al gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.
Este es el buey
que bebió el agua
que apagó el fuego
que quemó al palo
que pegó al perro
que mordió al gato
que comió al ratón
que royó el cordón
de las llaves
de las puertas
del castillo de Chuchurumbé.

San Francisco y el lobo de Gubbio

En la ciudad de Gubbio apareció un lobo enorme y feroz que sembraba el terror y la muerte entre animales y hombres. Tanto miedo se llegó a tener, que aún los hombres más fuertes no se atrevían a salir de sus casas por temor a toparse con el lobo.

San Francisco, que en aquel entonces vivía en Gubbio, se compadeció de las gentes de aquella tierra y fue al encuentro del lobo poniendo toda su confianza en Dios.

Después de caminar un buen trecho, vio San Francisco que el lobo venía con la boca abierta llena de espuma y dando señales de atacarle.

San Francisco se acercó a él, hízole la señal de la cruz y llamole así diciendo:

“Ven aquí hermano lobo, te mando de parte de Cristo que no me hagas mal ni a mí ni a persona alguna”.

Admirablemente, después de que San Francisco hubo hecho la señal de la cruz, el lobo cerró la boca, dejó de correr y se echó a sus pies. Entonces el Santo le habló así:

“Hermano lobo, haces mucho daño en estos lugares; no sólo has matado y devorado a las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de matar a los hombres, hechos a imagen de Dios; por lo cual eres merecedor de la horca como ladrón y homicida. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer la paz entre ellos y tú, de modo que no los ataques más para que te perdonen toda ofensa pasada; y ni hombres ni perros te persigan jamás”.

“Tú vas a tener desde hoy qué comer; los hombres te suministrarán el alimento, de manera que no padezcas más hambre; porque sé muy bien que el hambre hace hacer mucho mal”.

El lobo con movimientos del cuerpo, la cola y las orejas, parecía aceptar lo que San Francisco decía.

“Ante el Señor que todo ata y desata, en fe de promesa tiéndeme la pata”, dijo el santo de Asís.

El lobo tendió la pata al hermano de Asís, que a su vez le alargó la mano.

La paz sellada entre el lobo y San Francisco se supo por toda la tierra; gente todas, grandes y pequeñas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos acudieron a la plaza.

Y estando reunido allí todo el pueblo, se levantó San Francisco y les predicó diciendo:

-¡"Oíd, hermanos míos: El hermano lobo que está aquí ante todos ha prometido y me ha hecho juramento de hacer las paces con vosotros y de no ofenderos nunca en cosa alguna si le prometéis darle el sustento necesario, y yo soy testigo de que observará fielmente el pacto de paz".

El pueblo a una voz prometió alimentarlo continuamente y San Francisco, ante todo el pueblo, dijo al lobo:

"Y tú hermano ¿prometes observar los pactos de paz de manera que no ofendas a los hombres, animales, ni a criatura alguna? Así, que ante todo el pueblo, quiero que me des fe de tu promesa, de no engañarme en la alianza que he hecho contigo".

Entonces el animal, levantando su pata derecha, púsola en la mano de San Francisco.

Después de lo dicho, el lobo vivió mansamente en Gubbio; todos los habitantes lo acogían en sus casas y le daban sustento.

Por fin a los dos años el hermano lobo murió de viejo.

Cántico al sol (Fragmento)

Alabado seas mi Señor
por nuestro hermano el Sol
que nos procura el día,
nos ilumina
y a todo da esplendor.

Alabado seas mi Señor
por la Luna y las Estrellas
que en el Cielo las pusiste
tan claras, luminosas y bellas.

Alabado seas mi Señor
por nuestro hermano el Viento,
por el Aire y las Nubes
con lo que a las criaturas
les das sostenimiento.

Alabado seas mi Señor
por nuestra hermana el Agua
que es tan útil y humilde,
tan preciosa y tan casta.

Alabado seas mi Señor
por nuestro hermano el Fuego
que calienta la noche
con llama radiante
y resplandor ciego.

Alabado seas mi Señor
por nuestra hermana la Madre Tierra
que con sus frutos y flores
nos sustenta y gobierna.

Alabado seas mi Señor
por nuestra hermana
la Muerte Corporal
que a todo hombre llega
tras en el mundo obrar.
Alabado seas mi Señor.

Juego de palabras-calambur

Y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi bosque madura
y mi voz quema dura

Una dama salada,
un hada más alada,
una da más a al hada,
una dama, ¡sal hada!

María no compró la más cara,
Mariano compró la máscara.

Están para dos,
estampar a dos,
están parados.

Isabel legará su casa,
y sabe llegar a su casa

Toma té,
tomate

Para leer al derecho y al revés

Amad a la dama.
Amigo no gima.
Amo la pacífica paloma.
Ana lava lana
Anita lava la tina.
Anula la luz a la Luna.
Atar la rata.
Dábale arroz a la zorra el abad.
De cera pareced.
Échele leche.
Ella te dará detalle.
Ese bello sol le bese.
La ruta nos aportó otro paso natural.
Luz azul.
No bajaré Sara el jabón.
O dolor o lodo.
Oír a Darío
Ojo rojo.
O rey o joyero.
Se es o no se es.

Palabras mágicas

ABRACADABRA
ABARACADABR
ABRACADAB
ABRACADA
ABRACAD
ABRACA
ABRAC
ABRA
ABR
AB
A

ABRACADABRA
BRACADABR
RACADAB
ACADA
CAD
A

La luna en el agua

Tres sabios con muy poquito seso
creían que la luna era un queso.
Un queso que flotaba en el río
y quisieron pescarlo, ¡Dios mío!
Los peces cantaban a la una
contemplando su mala fortuna:

¡No es un queso!
¡Es la luna!
¡La luna!
¡LA LUNA!

Más juegos de palabras

He reñido a un hostelero.
-¿Por qué?, ¿dónde?,
¿cuándo?, ¿cómo?
Porque donde, cuando como,
sirven mal, me desespero.
¿Usted cómo come?
¿Qué cómo como?
Como como como.
¿Usted, no nada nada ?
Es que no traje, traje, porque
me lo guarda el guarda

Micael

Micael estaba sentado
a la derecha de Dios,
los Ángeles lo miraban
y se henchían de valor,
coraje y fuerza que el rostro
irradiaba en derredor.

Su corazón refulgía
los rayos de oro del sol
y en sus miras se plasmaba
la voluntad del señor.

La paz reinaba en los mundos,
en los cielos y en la tierra,
hasta que un Ángel traidor
quiso declarar la guerra;
orgullosamente dijo:
*"Me subiré a aquella estrella
para colocar mi trono
por encima de cualquiera".*

Los cielos se estremecieron
y los truenos retumbaron,
y a la Tierra como un eco
mil rayos la iluminaron.

Todo esto contemplaba Micael
muy asombrado
y al grito de *"¡Quién como Dios!",*
sus Ángeles se lanzaron
sobre los ángeles malos
que a Dios rechazaron.

Los arrojaron del cielo,
a la tierra los echaron
y en aquel combate fiero
al universo dejaron
cual agua de un manantial
que se estanca en un remanso.

Los hombres que había en la Tierra
a nuestro Señor clamaron
por eso Micael guía
los pasos de los humanos,
Ilumina sus propósitos
y fortalece sus actos
con el hierro de su espada
que nos ofrece su mano.

Así se defiende el Hombre
de los demonios malvados
y cada vez que lo vence,
en su corazón hallamos,
la luz de una nueva estrella
en el cosmos alumbrando.

La nueva estrella es la tierra,
con Micael por heraldo.

Recopilado por IdeasWaldorf